

# JOSÉ CARLOS IRIGOYEN

## EL LIBRO DE LAS SEÑALES

1

Mi padre es la blanca  
señal  
que fragmenté esta noche de agosto  
sobre la-espalda de Santiago.

La blanca señal que brilla  
sobre la espalda de Santiago  
como la lengua del alba  
sobre las modestas  
criaturas.

Es una noche de mucho viento,  
las ventanas  
del restaurante tiemblan tanto  
que es imposible escucharse, distinguir un sí  
de un no  
y esto resulta un problema cuando  
lo que quieres proponer  
es un asunto oscuro y espinoso:

"Es un problema porque aún tiemblos  
con el violento martilleo nocturno  
que hace el herrero judío del primer piso,  
y no te has acostumbrado  
al roce de las plumas sucias  
que llevo bajo mi espalda.

Es un problema porque en mi cama  
ruedas insomne  
igual que el pastor que en la madrugada  
vigila de pie  
una piara de cerdos  
al borde  
del precipicio.

Y yo sólo he preferido esta noche  
no hacer caso a mis malas intenciones  
que tarde o temprano vienen  
sin poder nunca definir  
si mañana  
será un buen día o no.

Me comporto tal como lo hacían los Atridas:  
confundiendo los antojos de la naturaleza  
con los de mis propios oficios.

Así he llegado hasta aquí  
perdiéndolo todo mientras removía  
el aire quieto de la calle"

Tú me miraste confundido:  
Por primera vez  
lo que te quería proponer  
no era en absoluto  
muestra de inocencia.

Es cierto que antes de que yo  
llegara  
desconfiabas de los hombres inocentes, porque  
clavaban  
las puertas y las ventanas con  
tablas  
y levantaban barricadas en las calles con los  
muebles  
que a mi padre y al tuyo  
les había costado tanto conseguir.  
¿Y todo para qué?  
La consigna era no dejar pasar a la Historia  
que anunciaba su llegada  
tocando un tambor  
a la hora convenida.

Y tú detestas cuando por la ciudad  
comienza a sonar su redoble  
porque ellos entran al restaurante asustados  
y se quedan a planear nuevas estrategias

y tú te pasas toda la noche  
(nuestra noche)  
sirviéndoles café.

Es hora de que lo entiendas:

todo animal se vuelve voraz

cuando es acorralado

por las formas de la muerte.

Tú mismo recuerdas cuando vagabas por las grandes  
capitales esas ganas de venderte a cualquier precio antes de  
que el dueño de tu cuarto te

tumbara la puerta entre gritos y amenazas -"los europeos son muy  
fríos" me decías. Y sin embargo recuerdas el ardor de tu cara  
cuando entraste a ese albergue de Amsterdam donde dormían  
chicos muy blancos hundidos en el fondo de sus literas

y esa noche te volviste voraz

como el ángel que sale a pasear por la ciudad

y se olvida de atender a sus enfermos.

(y a pesar de esto, no has perdido

tu sentido del deber con las otras  
criaturas:

ahora dices que detestas a los  
poetas

porque según tú viven

de la desnudez de los animales.

En sus textos siempre hay  
personajes

cubiertos de pieles o de plumas

que encarnan el heroísmo y el  
progreso

o al menos

una celebrada elegancia.

Lo que no sabes es que en cada  
poema

aunque no sea mencionado

también existe un macho cabrío

que todas las mañanas canta

cubierto de carne humana

para despertar a todos los habitantes

de la ciudad)

De esto se ha encargado la Historia con su  
paso

por las calles y por el aire: de hacernos igual  
de culpables a todos.  
Así en unos años los estudiosos no tendrán otro afán  
que viajar a tierras extrañas para hallar fortuna  
y descifrando sus escritos inconclusos podrán  
identificar  
los cuerpos desnudos  
que encuentren dispersos  
por el curvo remanso  
del espejo.

Y de nosotros dos nadie dirá nada  
porque esos negros años  
los pasamos dentro de este  
restaurante amarillo  
cuidándonos siempre de no ser  
vistos  
armando pacientemente una historia  
que nadie nunca quisiera filmar.  
Nunca buscamos una verdadera  
valentía  
porque el destino de los héroes  
siempre entra en la palma de una  
mano;  
ni sacamos un centavo de las cuatro  
estaciones  
como otros en nuestro tiempo  
falso como el collar colgado  
en el cuello de la camarera.  
Pero sé que eso poco te interesa.

¿no es acaso la Historia  
una imagen imprudente  
de un poeta que sabía  
demasiado?

El problema surge cuando la  
distancia  
que nos separa de la sabiduría  
es propiedad del placer: en ese caso  
mejor ni intentes el regreso.  
Mejor guiémonos a ciegas

por el comedor y la cocina  
sin preocuparnos por pisar a los  
discretos  
y pequeños animales que viajan  
por la oscuridad  
hasta hacerla una leyenda  
para por fin hacernos de la belleza  
de todo aquello  
que nos es incomprensible.

Ya sé que esto parece la canción de  
un embustero:  
señales y formas. Pero todo cuerpo  
que abandonas  
durante una larga estación  
requiere de una teoría  
si quieres volver a recobrarlo.

## 2

Los hebreos se equivocaban gravemente  
cuando aseguraban que el mejor momento del día  
para reconsiderar las imágenes  
era éste el del Exceso  
y a esta hora de la mañana mientras vago  
por mi vacío departamento  
sintiendo que algo se descompone en la bañera  
no puedo dejar de pensar en ellos:  
¿cómo los representaré en mi próximo poema?  
¿como la muchacha que no concilia el sueño  
porque duda de quién es la cabeza  
que besó en la oscuridad?  
¿como una salamandra, que huye de las llamas  
para terminar en el indigno vientre  
de un perro?  
¿como la oveja abierta entre los arbustos  
indiferente al rojo engranaje  
que rechina en el cielo?  
ni siquiera me preocupo en anotar  
mis ideas en esta carta:  
todo lo que escriba ahora  
mañana será ceniza  
y no verán en mí ningún signo de aflicción:  
sólo lamento el recuerdo  
de los muchachos judíos  
escribiendo desvelados versos en sus cuartos  
de alquiler, oyendo en las noches

el ajetreo del mercado,  
negados para corregir o siquiera reconsiderar.  
porque en el exceso sólo cuentan  
las primeras intenciones.

y yo, como el que más  
reconozco mis excesos cuando la sombra de  
Santiago  
atraviesa el muro de la cocina  
exigiéndome un poco de cordura:  
he pasado toda la mañana revolviendo los  
cajones y libros  
buscando debajo del camastro  
y de los muertos que se amontonan  
en el fondo de cada vals

buscando una caja donde guardo  
las cartas  
amarillentas  
de un muchacho que siempre me escribía  
en épocas de guerra  
cuando yo era corresponsal  
y dormía entre batallones y carpas  
y amurallados hospitales para tuberculosos  
con las ventanas y las puertas tapiadas  
hospitales no inscritos en la rueda de las horas  
como si los enfermos de pronto olvidaran  
que los días  
cada cierto tiempo se repiten.

y aquí vuelvo a escribirte  
respirando lentamente como una  
cicatriz  
sentado y rodeado de ocultos y vacíos  
caballeros  
que pasean de la mano en la noche por los  
corredores  
de mi apartamento rumano

no sé si me recuerdas en las playas  
siguiendo la ruta de san miguel entre  
barricadas  
torres de vigía y alambradas  
calles cubiertas de muertos  
tú eras muy ligero y por eso  
me recordabas a la sangre

a cada paso tuyo una raza desaparecía  
y yo te rogaba camina camina  
y tu nombre quedó grabado  
sobre mi cabeza  
como el metal en un brasero:

antonio robles:

¿no esperas, después de todo este tiempo,  
un tipo que te sodomice en las bancas de  
espera  
de una estación de autobuses?

¿es cierto que te vendiste  
por unos mariscos pasados  
a un viejo marinero cuando llegaste  
muerto de hambre  
a un albergue de lausana?

¿o ya no me contestas pues has hecho  
caso  
a los que te dicen que no soy un poeta  
honesto  
porque me gusta escribir  
con nombres propios?

yo soy el poeta catalán convertido en  
mito  
allá por 1973 cuando antes de  
matarme con bexedrina  
dejé algunas coplas a mis amantes  
ocasionales  
y unos pasos de ceniza en el camino  
de mi cuarto al baño  
yo te escribí en algún bar unos  
sonetos  
donde prometí eternidad al que  
tocara mi cuerpo  
y mira cómo he cumplido  
ahora todos los amantes nos  
recuerdan con los ojos abiertos  
acostados en los edredones de sus  
padres  
y en todos los vasos de Sodoma  
están escritos nuestros nombres

éste es mi mayor esfuerzo por ser  
honesto:  
forjarme la eternidad mediante el  
exceso  
es fácil en una época como ésta que  
se afana  
en hacer leyendas de cualquier cosa  
si yo por ejemplo decido tomar una  
siesta  
en las bañeras vacías

de Nuestra Santa Iglesia local  
y de repente un grupo de alegres  
muchachos alemanes  
vestidos de negro derriba la puerta  
y me toman de la garganta  
recriminándome la falta de oficio de  
tus labios  
¿recupero esa dignidad que según  
todos  
nos aleja de la muerte  
pero en realidad solo sirve para  
firmar con ella  
un pacto de no agresión?

forjarme la eternidad mediante el  
exceso  
tú sabes, despertar en el dormitorio  
de un hombre  
a quien conocí recién anoche  
buscando en sus ropas tiradas en el  
suelo  
alguna señal de muerte  
y conjuraría buscándole algún  
parecido con mi padre  
estoy obsesionado con eso

y en realidad los hebreos no se equivocan tanto  
tigres dando vueltas en la bañera remando en el  
polvo  
ahora sé que cuando vienes a mí puedo negarme  
a tus primeras intenciones  
pero si olvidas tu prestigio e insistes  
y viajas al extremo de mi barba salada  
te concederé la eternidad  
escribiendo para ti la mejor de las leyendas:  
no tengo nada mejor para ofrecer.

6

Mi madre

era larga como el cordón imperial  
que separa a la mujeres de la luna.

Eso, claro, fue hace mucho tiempo

yo no había encontrado a  
Santiago  
sirviendo café en un desvelado  
restaurante amarillo  
ni la sangre se extendía por el  
mundo

como un animal de cien lenguas  
y ella era todavía poco apetecible  
y delgada,  
se contemplaba en el espejo del

dormitorio

y veía un árbol del cual se  
descolgaban confundidos  
hojas y párpados.

"No has redimido tus deseos" le  
decía mi padre

tendido en la cama, ocultando con  
las sábanas su cuerpo intocado.

No era -ya lo dije- una buena  
época, pero aún tenían ánimos  
para acostarse bajo las estaciones  
veloces  
diferenciando lo desnudo de lo vacío según los  
árboles  
que fueran encontrando en el camino  
guiados por el desorden que todo  
milagro comprende.  
Ella metía medio cuerpo dentro de la boca  
abierta de los sauces  
sin saber  
que allí anida la risa del Cáncer.  
Luego esperaba a mi padre  
apoyada contra un muro  
silenciosa como una isla durmiente  
sin advertir los nefastos  
círculos de sal  
que rodaban esa noche por el cielo.  
En nada reparaste, dama del miedo,  
ni siquiera en la música de las plantas vivas  
que ya por esos años anunciaba tu tragedia.  
Ahora  
quizá por tu olor a leche rancia  
apenas seas  
tan larga  
como una solitaria

"Toda costumbre ajena a tu raza  
tendrás que cargarla a tus espaldas.  
Igual que cargar el cuerpo muerto  
de tu más venerado pariente

y dejarlo en la copa  
de un árbol que no florece.  
Solo los hombres justos  
renuncian así  
a su poder de juicio".  
Así dijo Renzo, leyéndome las cartas una  
tarde  
de sábado en una taberna  
suburbana  
acomodando sus fotos italianas y españolas  
sobre la mesa  
justo en esa hora en la que mi único deseo  
era un hombre que me pagara la  
cuenta  
bajo el signo de Escorpión.  
He preguntado, hace unas horas  
cómo hacer mi cuerpo de doncella  
comparable al de mi madre  
en aquellos años  
cuando cantaba trepada  
en un piano  
en los bares  
de músicos africanos  
pero no he obtenido respuesta  
¿tan difícil es acaso  
ser para los hombres  
un torrente abrasador?  
todo el que renuncia a las costumbres  
también renuncia a su rutina  
mira a los hebreos, por ejemplo  
exigían un cambio de costumbres  
de espacio  
y elegidos ascendieron en humaredas  
todo implica un sacrificio, claro  
recuerda que las almas más seguras  
son las ajenas a la perfección  
pero ¿a qué era ajena mi madre?  
yo no lo sé, dijo Renzo  
no sé a qué era ajena tu madre  
pero se rumorea que trabajaba  
rescatando con redes  
actores pornográficos  
en una cloaca de Roma

El que tiene poder de juicio  
huye sin saberlo del milagro  
digo sentado en la ventana del  
corredor más oscuro de mi casa  
justo a la hora  
en que las sombras se revuelcan  
contra los retratos familiares  
mi padre está encerrado en  
su habitación  
como el mar en su  
sexo infinito  
mi madre ha salido a beber al bar  
de la esquina con una banda  
de músicos negros -los Banjul brothers-  
y Santiago  
no está a mi lado  
apretando mi cuerpo de doncella  
ni intentando cambiar  
mis malos pensamientos  
"Que un gusano se coma  
a un niño  
no podrá catalogarse  
nunca  
de violación"  
te digo  
bajo el marco  
donde cae esta luz funeraria  
tú no eres más que una sombra  
pero igual estamos juntos  
sentados en el corredor  
mirando por la ventana  
un útero descolgándose  
hacia la consumación  
de los siglos

## 8

Una boina enarbolada (heroicamente) por el polvo  
puede ser el mejor de los símbolos para nuestra época  
puede ser el sol colgado sobre las conversaciones  
entabladas hoy dentro del café amarillo que tú  
escuchas aburrido sobre el mostrador  
"esta gente no tiene hambre" me aseguras "solamente  
vive soñando con robarle la comida a Dios"  
porque es gratis, pienso-  
nuestra noche no se puede

repetir

sin guardar en alguna parte las  
sentencias y preguntas  
de los viejos de traje que monologan  
la glándula de la angustia se arrastra  
bajo la luna  
dejando un rastro que puede ser el  
rumor  
de otro tiempo

en que se valora de verdad  
la importancia de cada  
cadáver.  
Es decir, su valor económico.  
¿No te das  
cuenta de que ellos no  
consumen  
porque están muertos?

Tienes razón, dices riéndote  
cerrando la puerta

"Uno de ellos pasa toda la tarde  
sentado escribiendo  
en un papel trabajando metáforas  
sobre la leche.  
¿no es verdaderamente una  
indecencia?"

Toda una noche llena de preguntas  
y comienzo a sentir el cansancio  
de quien se pone a hablar

de las interminables manías de los muertos.  
Cierto es que la Historia ya ha pasado por aquí  
y no hay nada mejor de qué conversar, pero  
¿no podemos recurrir a algo más cotidiano?  
Podemos pasar nuestra larga juventud  
sobre una mesa sintiendo el aliento  
de otro cuerpo las costillas estiradas como  
peces  
así también se puede conseguir  
cierto romanticismo del que poseen  
aquellos que no pueden dormir  
por sus crímenes pasados-

cuando vean a sus padres a medianoche  
en la cocina tomándose la cabeza  
no hagan preguntas ni les hablen  
de los lejanos campos  
llenos de hombres  
desnudos  
con el cabello largo  
hecho una trenza

-cada uno de ellos es una noche de insomnio  
que -van a tener que purgar.

En un principio puede que no me entiendas,  
solo déjate andar de noche por las calles abandonadas  
y observa todo lo que se mueve alrededor:

puedes encontrar a una chica de buenos modales  
caminando de la mano con aquel chico callado  
que alguna -vez en una casa de las afueras  
te tocó los agujeros de bala  
con la excusa de que quería crear,

o de pronto  
toparte con un cuerpo a solas que anida  
dentro de una cápsula de cianuro y -vaga dentro de  
ella  
como en un oscuro desierto  
cercado por la muerte

y a ambos les tendrás miedo  
pero se mostrarán amables como las parejas  
que habitan debajo del piso de losetas  
de las estaciones de tren  
en Europa.

Y ellos también conversan esta noche  
dentro del restaurante y sin ocultarnos  
una sonrisa  
son desdeñosos con este país  
y las luces que de él emanan por la madrugada  
sin percatarse  
en las esculturas de labios luminosos  
que guardan las plazas

ellas, de rostro de bronce  
son una señal permanente  
(como ellos)

y nada anuncian aparte de su vergüenza:  
siempre rodeadas por un anillo de hoteles  
y de muchachos y muchachas veloces  
como roedores en la penumbra de un bosque  
buscando entre los pasillos  
una puerta entreabierta  
la cama más limpia  
pegando un oído al muro  
para escuchar la liturgia.

Avergonzadas esculturas altas representando  
mujeres, generales, animales de los montes,  
terminaran en poco tiempo regadas dentro de las tinas

ensangrentadas

del matadero de la ciudad

cuando los que ahora bailan

a su alrededor decidan olvidarse del rigor de los  
significados

y prefieran un Orden más simple y seguro:

parias, indiferentes trabajadores,

un encantador barrio obrero-

y todo lo que está  
fuera de la realidad  
para ellos será apenas  
un decorado teatral.

¿Y los hebreos?

bueno. es cierto que nuestros esfuerzos por  
ocultarlos

no han dado buenos resultados. Cualquiera que se  
pasee

por la ciudad puede verlos ofreciéndose inmortales  
a los turistas

o huyendo asustados del humo  
como si fueran perros.

Y dentro de los más bajos toneles  
puedes ver a los negros y a los  
gitanos  
aplaudiéndose entre ellos. No digo  
con esto que sean ajenos a nosotros:  
su aliento nos rodea como el ala  
de un cuervo, presentimos el  
golpeteo  
de sus lenguas, sentimos  
sus codos contra los nuestros,  
y es entonces que somos dueños  
de una incómoda certeza:

¡Todos ellos están dentro del restaurante!

Con angustia se levanta el telón  
y los ves ocupando todas las mesas  
donde antes estuvieron los hombres inocentes  
que te mantenían ocupado toda la noche,  
o los viejos de traje que ejercitaban  
sus manos sobre ti.

Tampoco podías pedir otra cosa:  
después de una guerra todos los que  
eran  
tus buenos vecinos o tus parientes  
más venerables  
no están más, y sus habitaciones  
y oficios son ocupados  
por astrosos y vaqabundos

y de tus mejores clientes  
-silenciosos, de buenos modales  
a pesar de la carnicería desatada  
en todas las memorias-  
no te quedó sino un vacío en medio de la  
sangre,  
igual a un hambre antigua.

Pues bien,  
¿Qué puedes hacer cuando te suceden estas cosas,  
toda la ciudad duerme

y ya a nadie le importan tus lamentos  
y el dolor te hace confundir la luna  
con el Gran Peloj de los Ángeles?

¿Qué puedes hacer en esas ocasiones  
cuando quieres controlar un deseo?

yo solo recuerdo que te ayudé a  
desalojarlos-  
Cerramos la pesada puerta de acero  
y  
lavamos la vajilla con el cuidado  
de un muchacho huesudo que lava sus  
partes  
a la ribera del río  
y estuvimos dispuestos  
sobre la mejor mesa  
a pesar del gran viento y la oscuridad  
y a la sombra de la oración del herrero judío  
que en el primer piso golpeaba el metal  
y lo limpiaba de restos de sangre:

"Los amantes se entregan después de la batalla  
Dentro de las carpas y sobre las pieles vivientes  
E indiferentes a las columnas de muertos  
Que se mueven por el aire oscuro  
Como los grandes gusanos de la culpa"

Entonces él abrió la puerta de servicio -tú me tomaste de la mano y salimos a correr por la vieja  
calle- y al fin supiste de qué estaba hablando -y ya no te importó el martilleo -ni la blanca señal  
sobre tu espalda- solo este canto en contra de la noche -que vamos entonando nosotros dos.

Lima, verano 1999.